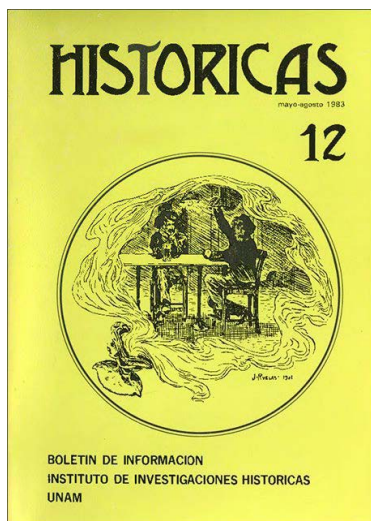




Artículo: El discurso histórico

Autor(es): Barthes, Roland

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 12

Año: 1983

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Barthes, Roland. "El discurso histórico" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 12 (1983): p. 21-32. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3696>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

El discurso histórico*

Roland Barthes

La descripción formal de los conjuntos de palabras superiores a la frase (los que por comodidad serán llamados discursos) no data de ahora. Desde la época de Gorgias hasta el siglo XIX fue el objetivo de la antigua retórica. Sin embargo, el reciente desarrollo de la ciencia del lenguaje ha actualizado y dotado de nuevos medios el estudio del discurso. Hoy día una lingüística del discurso es posible y, dadas sus incidencias en el análisis literario (del cual conocemos su importancia en la enseñanza), constituye una de las primeras tareas de la semiología.

Esta segunda lingüística, al mismo tiempo que debe buscar los universales del discurso (si existen), bajo la forma de unidades y reglas generales de combinación, evidentemente debe también decidir si el análisis estructural permite conservar la antigua tipología del discurso, si es legítimo seguir contraponiendo el discurso poético al discurso novelesco, el relato ficticio al relato histórico. Es este último punto sobre el que quisiera proponer aquí algunas reflexiones. En nuestra cultura, desde la antigüedad griega, la narración de los acontecimientos pasados ha sido sometida comúnmente a la sanción de la "ciencia" histórica, garantizada necesariamente por lo "real", justificada por principios de exposición "racional". Cabe preguntarse si esta narración, por algún elemento específico, por una pertinencia indubitable, difiere verdaderamente de la narración imaginaria tal como se la puede encontrar en la epopeya, en la novela y en el drama. Y si existe ese elemento —o esa pertinencia— que la distingue, tendrá que indagarse en qué nivel de la enunciación se la debería situar. Para tratar de sugerir una respuesta a esta cuestión, se observará aquí, de manera libre y en modo alguno exhaustiva, el discurso de algunos grandes historiadores clásicos, tales como Heródoto, Maquiavelo, Bossuet y Michelet.

* Tomado de *Poétique*, París, Seuil, n. 49, febrero 1982, p. 13-21. Traducido por José Rubén Romero Galván con la colaboración de Javier Manríquez.

1. La enunciación

En primer lugar, ¿en qué condiciones el historiador clásico es conducido —o autorizado— a designar él mismo, en su discurso, el acto por el cual lo pronuncia? En otras palabras ¿cuáles son en el campo del discurso —ya no en el de la lengua— los *shifters* —o embragues— (en el sentido que Jakobson dio a este término)¹ que aseguran el pasaje del enunciado a la enunciación (o viceversa)?

Parece que el discurso histórico comporta dos tipos regulares de embragues. Un primer tipo reúne lo que podría llamarse embragues de *escucha*. Jakobson señaló esta categoría, en el nivel de la lengua, con el nombre de testimonial y la redujo a la fórmula $C^e C^{a1}/C^{a2}$: además del acontecimiento referido (C^e), el discurso menciona a su vez el acto del informador (C^{a1}) y la palabra del enunciante que lo refiere (C^{a2}). Este shifter designa entonces toda mención de las fuentes y los testimonios así como toda referencia al acto de escuchar que el historiador ejecuta cuando recoge algo externo a su discurso y lo dice. La escucha explícita es una elección, ya que es posible no referirse a ella. Además, aproxima el historiador al etnólogo, cuando aquél hace mención de su informante. Este shifter de escucha se encuentra en abundancia entre los historiadores-etnólogos como Heródoto. Las formas en que aparece son variadas, van desde expresiones del tipo *como yo lo oí, según sabemos*, hasta referencias respecto del presente del historiador, tiempo que atestigua la intervención del enunciante, e incluyen toda mención de la experiencia personal del historiador. Es el caso de Michelet, quien escucha la historia de Francia a partir de una iluminación subjetiva (la revolución de julio de 1830), misma que refiere en su discurso. Evidentemente, el shifter de escucha no es pertinente del discurso histórico; lo encontramos con frecuencia en la conversación, así como en ciertos artificios de exposición en la novela (anécdotas relatadas provenientes de ciertos informadores ficticios de los que se hace mención).

El segundo tipo de shifters corresponde a todos aquellos signos declarados por los cuales el enunciante, en este caso el historiador, organiza, retoma y modifica su discurso durante la elaboración del mismo, utilizando marcas explícitas. Es éste un shifter importante, y los “organizadores” del discurso pueden recibir expresiones de índole variada. Éstas pueden empero reducirse a la indicación de un movimiento del discurso en relación con su materia, o más exactamente a lo largo de ella, un poco a la manera de los deicticos temporales o locativos *he aquí/he allá*. Relacionados con el flujo de la enunciación, tendremos entonces: la inmovilidad (*comme nous l'avons dit plus*

1. R. Jakobson, *Essais de linguistique générale*, París, Éditions de Minuit, 1963, cap. IX.

haut), el ascenso (*altius repetere, replicare da piu alto luogo*), el descenso (*ma ritornando all'ordine nostro, dico come. . .*), la interrupción (*sur lui, nous n'en dirons pas plus*), el anuncio (*voici les autres actions dignes de mémoire qu'il fit pendant son règne*). El shifter de organización trae consigo un problema importante que aquí sólo indicaremos. Es aquel que nace de la coexistencia o, para expresarlo mejor, de la fricción de dos tiempos: el tiempo de la enunciación y el tiempo de la materia enunciada. Dicha fricción da lugar a hechos importantes del discurso, de los cuales citaremos tres. El primero nos remite a todos los fenómenos de aceleración de la historia: un número igual de páginas (si tal es la medida burda del tiempo de la enunciación) cubre lapsos variados (tiempo de la materia enunciada). Por ejemplo, en las *Historias florentinas* de Maquiavelo, la misma medida (un capítulo) cubre en ocasiones varios siglos y, en otras, períodos de aproximadamente veinte años. Mientras más nos aproximamos al tiempo del historiador, la presión de la enunciación se hace más fuerte y la historia se torna más lenta. No existe ahí isocronismo —lo que viene a ser un ataque implícito a la característica lineal del discurso y deja ver un posible “paragramatismo”² en el relato histórico. El segundo hecho recuerda también, a su manera, que el discurso aunque materialmente lineal, al ser confrontado con el tiempo histórico, tal parece que adquiere como tarea profundizar en el tiempo. Se trata de lo que podría llamarse historia en zigzag o en dientes de sierra: Heródoto, por ejemplo, cuando un nuevo personaje aparece en su historia, remonta el relato hasta los ancestros de éste, para después regresar al punto en el que lo había abandonado y continuar así su historia. Finalmente, un tercer hecho del discurso, también digno de consideración, testifica el papel destructor de los shifters de organización en lo que atañe al tiempo crónico de la historia. Se trata de las inauguraciones del discurso histórico, lugar donde se juntan el comienzo de la materia enunciada y el exordio de la enunciación.³ El discurso de la historia conocía en general dos formas de inauguración: primeramente, lo que se podría llamar la obertura performativa, en virtud de que la palabra, en ese caso, es un verdadero acto de fundación solemne; el modelo poético es el *yo canto* de los poetas. Así es como Joinville comienza su historia con un llamado religioso (*Au nom de Dieu le Tout-puissant, je, Jehan, sire de Joinville, fais écrire la vie nostre Saint roi Louis*), e incluso el socialista Louis Blanc no desdeña el introito purificador.⁴ A tal grado el principio del discurso conserva

2. Siguiendo a J. Kristeva (“Bakhtine, le mot, le dialogue et le roman”, *Critique*, 239, abril 1967, p. 438-465), bajo el nombre de paragramatismos (derivado de los anagramas de Saussure) se designarán las escrituras dobles, que contienen un diálogo del texto con otros textos, postulando así una nueva lógica.

3. El exordio (de todo discurso) presenta uno de los problemas más interesantes de la retórica en la medida en que es la codificación de las rupturas de silencio y de lucha contra la afasia.

4. “Antes de tomar la pluma yo me he interrogado severamente, y como no encontraba en mí ni afec-

siempre algo de difícil —digamos de sagrado. La segunda forma de inauguración del discurso está constituida por una unidad mucho más común, el Prefacio, acto caracterizado de la enunciación. Éste puede ser prospectivo, cuando anuncia el discurso que le sigue, o bien retrospectivo, cuando lo juzga (es el caso del gran Prefacio con el cual Michelet corona su *Historia de Francia*, redactado una vez que ésta había sido enteramente escrita y publicada). Recordar estas unidades tiene por objeto sugerir que la entrada de la enunciación en el enunciado histórico, a través de los shifters organizadores, trata no tanto de dar al historiador la posibilidad de expresar su “subjetividad”, como se dice comúnmente, si no de “complicar” el tiempo crónico de la historia al confrontarlo con otro tiempo, el del discurso mismo, al que podría llamarse de manera abreviada el tiempo-papel. En suma, la presencia, en la narración histórica, de signos explícitos de enunciación tendería a “descronologizar” el “hilo” histórico y a restituir, aunque fuera a título de reminiscencia o de nostalgia, un tiempo complejo, paramétrico, de ningún modo lineal, cuyo espacio profundo recordaría el tiempo mítico de las antiguas cosmogonías, ligado además, esencialmente, a la palabra del poeta o del adivino. Los shifters de organización confirman en efecto —por ciertos rodeos de apariencia racional— la función predictiva del historiador. En la medida en que el historiador *sabe* lo que no ha sido relatado tiene necesidad, como el agente del mito, de intensificar el devanamiento cronológico de los acontecimientos con referencias al tiempo propio de su discurso.

Los signos (o shifters) a que acabamos de hacer alusión se refieren únicamente al proceso mismo de la enunciación. Existen otros signos que mencionan ya no el acto de la enunciación, sino, según la terminología de Jakobson, a sus protagonistas (T^a), destinatario o locutor. Es un hecho notable y hasta cierto punto enigmático el que el discurso literario presente muy raramente los signos del “lector”; se puede decir incluso que tiene la particularidad de ser —aparentemente— un discurso sin *tú* aunque en realidad toda la estructura de dicho discurso implique un “sujeto” de la lectura. En el discurso histórico, generalmente, los signos de destinación están ausentes, los encontramos sólo cuando el relato de la Historia adquiere el tono de una lección, como en el caso de la *Historia universal* de Bossuet, discurso dirigido especialmente por el preceptor al príncipe, su alumno. Aun este esquema es posible sólo, y de cierta manera, en la medida en que el discurso de Bossuet reproduce, se supone que idénticamente, el discurso que Dios mismo dirige a los hombres, precisamente bajo la forma de la historia que les da: puesto que la historia de los hombres está escrita por Dios, Bossuet, mediador de

tos interesados, ni odios implacables, pensé que podía juzgar a los hombres y a las cosas sin faltar a la justicia ni traicionar a la verdad”, L. Blanc, *Histoire de dix ans*, Paris, Pagnerre, 1842, 6 v.

este relato escrito, puede establecer un vínculo de destinación entre el joven príncipe y él.

Los signos del locutor (o emisor) son, desde luego, mucho más frecuentes; se cuentan entre éstos todos aquellos fragmentos del discurso en que el historiador, sujeto vacío de la enunciación, se llena poco a poco con diversos predicados destinados a constituirlo como una *persona*, provista de una plenitud psicológica, e incluso (y la expresión nos remite a una hermosa imagen) de una capacidad de contenido. Aquí señalaremos una forma particular de este “colmarse”, que viene muy directamente de la crítica literaria. Se trata del caso en que el enunciante pretende “ausentarse” de su discurso y donde, en consecuencia, se observa la carencia sistemática de todo signo que nos remita al locutor que emite el mensaje histórico. La historia, en este caso, parece relatarse a sí misma. Este accidente tiene una carrera considerable ya que de hecho corresponde al discurso histórico llamado “objetivo” (en el cual nunca aparece el historiador). En este caso, el locutor anula su persona pasional, pero la sustituye por la persona “objetiva”. El sujeto subsiste en su plenitud, pero como sujeto objetivo. Es lo que Fustel de Coulanges llamaba de manera significativa y con bastante ingenuidad “la castidad de la historia”. En el nivel del discurso, la objetividad —o carencia de los signos del locutor— aparece entonces como una forma particular de lo imaginario, producto de lo que podría llamarse la ilusión referencial, ya que aquí el historiador pretende dejar que hable el referente por sí mismo. Esta ilusión no es propia del discurso histórico. ¡Cuántos escritores —en la época realista— han imaginado ser objetivos sólo porque suprimen en su discurso los signos del *yo*! La lingüística y el psicoanálisis conjugados nos hacen hoy por hoy mucho más lúcidos respecto de una enunciación privativa. Sabemos que las carencias de signos son también significantes.

Para terminar rápidamente con la enunciación, habrá que mencionar un caso particular referido a la lengua —previsto por Jakobson en el conjunto de sus shifters— según el cual el locutor del discurso participa al mismo tiempo del proceso enunciado, donde el protagonista del enunciado es la misma persona que el protagonista de la enunciación (t^e/t^a), donde el historiador, actor del acontecimiento, se convierte en su narrador. Tal es el caso de Jenofonte que participa en la retirada de los diez mil y se convierte después en su historiador. El ejemplo más ilustre de esta conjunción del *yo* enunciado y del *yo* locutor lo encontramos sin duda en el *él* de César. Este célebre *él* pertenece al enunciado. Cuando César deviene explícitamente locutor, pasa al *nosotros* (*ut supra demonstravimus*). El cesáreo *él* aparece, a primera vista, ahogado entre los otros participantes del proceso enunciado y por eso se le ha visto como el signo supremo de la objetividad. Sin embargo parece que formalmente se le puede diferenciar. ¿Cómo? Observando que sus predica-

dos son constantemente seleccionados. El *él* de César carga solamente algunos sintagmas que podríamos llamar sintagmas de jefe (dar órdenes, tener sesiones, visitar, hacer hacer, felicitar, explicar, pensar), claramente muy cercanos de ciertos performativos en los cuales la palabra se confunde con el acto. Existen otros ejemplos de ese *él*, actor pasado y narrador presente (notablemente en Clausewitz). Muestran que seleccionar un pronombre apersonal no es sino una coartada retórica y que la situación verdadera del enunciante se manifiesta a través de la selección de los sintagmas con los que rodea sus actos pasados.

2. El enunciado

El enunciado histórico debe prestarse a un desglosamiento destinado a producir unidades de contenido que puedan luego ser clasificadas. Esas unidades de contenido representan aquello de lo que la historia habla. En tanto significados, ellas no son ni el referente puro ni el discurso completo. Su conjunto está constituido por el referente desglosado, nombrado, ya inteligible, pero aún no sumiso a una sintaxis. No nos ocuparemos aquí de profundizar en estas clases de unidades; el trabajo sería prematuro. Nos limitaremos a hacer sólo algunos señalamientos preliminares.

El enunciado histórico, al igual que el enunciado frástico, comporta “existentes” y “ocurrentes”, esto es, seres y entidades así como sus predicados. Un primer examen deja ver que unos y otros por separado pueden constituir listas relativamente cerradas y, en consecuencia, susceptibles de ser manejadas. En una palabra, son *colecciones* cuyas unidades terminan por repetirse en combinaciones que evidentemente varían. Es así que en Heródoto los existentes se reducen a dinastías, príncipes, generales, soldados, pueblos y lugares, y los ocurrentes son acciones como devastar, someter, aliarse, hacer una expedición, reinar, utilizar una estratagema, consultar un oráculo, etcétera. Estas colecciones, siendo (relativamente) cerradas, deben presentar ciertas reglas de sustitución y de transformación; debe ser posible asimismo estructurarlas —tarea más o menos fácil, según el historiador de que se trate. Por ejemplo, las unidades herodotianas dependen en términos generales de un léxico: el de la guerra. Sería interesante saber si en el caso de los historiadores modernos se pueden hacer asociaciones más complejas de léxicos diferentes y si, incluso ahí, el discurso histórico está fundado, finalmente, en colecciones fuertes (es mejor hablar de *colecciones* y no de *léxicos*, ya que nos movemos únicamente en el plano del contenido). Maquiavelo parece haber intuido la existencia de esta estructura. Al principio de sus *Historias florentinas*, este autor presenta su “colección”, es decir, la lista de objetos jurídicos, políticos y étnicos que en seguida serán movilizados y combinados en su narración.

En el caso de colecciones más fluidas (en historiadores menos arcaicos que Herótodo), las unidades de contenido pueden sin embargo ser objeto de una fuerte estructuración, no de léxico sino de la temática personal del autor. Estos objetos temáticos (recurrentes) son numerosos en un historiador como Michelet; sin embargo, se les puede encontrar también en autores considerados intelectuales. La *fama* es una unidad personal en Tácito, y Maquiavelo, por su parte, construye su historia sobre una oposición temática, la de *man-tenere* (verbo que remite a la energía fundamental del hombre que gobierna) y *ruinare* (que, al contrario, implica una lógica de la decadencia de las cosas).⁵ Es evidente que por estas unidades temáticas, casi siempre prisioneras en una palabra, se encuentran las unidades del discurso (y ya no solamente de contenido). Tocamos así el problema de la nominación de objetos de la historia. Ahí la palabra puede economizar una situación o una serie de acciones. Facilita además la estructuración en la medida en que, proyectada en su contenido, es en sí misma una pequeña estructura. Por ejemplo, Maquiavelo se sirve de la palabra *conjuración* para economizar el comentario de una información compleja; con ella designa la única posibilidad de lucha que subsiste cuando un gobierno ha vencido todas las hostilidades declaradas a la luz del día. La nominación, al permitir una fuerte articulación del discurso, refuerza la estructura de éste. Las historias fuertemente estructuradas son historias sustantivas. Bossuet, para quien la historia de los hombres fue estructurada por Dios, utiliza abundantemente sucesiones de síntesis sustantivas.⁶

Estos señalamientos conciernen tanto a los ocurrentes como a los existentes. Los procesos históricos (cualquiera que sea su desarrollo terminológico) presentan —entre otros— el interesante problema de su *status*. El *status* de un proceso puede ser afirmativo, negativo, interrogativo. El *status* del discurso histórico, por su parte, es uniformemente afirmativo, constativo. El hecho histórico está ligado lingüísticamente al privilegio de ser. Se relata lo que ha sido y no lo que ha ocurrido o lo que es dudoso. En una palabra, el discurso histórico no conoce la negación (o muy raramente, de una manera excéntrica). Este hecho puede estar curiosamente —pero de manera significativa— relacionado con la disposición que encontramos en un locutor muy diferente al historiador: el psicótico. Éste es incapaz de operar en el enunciado una transformación negativa.⁷ Puede decirse que, en un cierto sentido, el

5. Cfr. Raimondi, *Opere di Nicolo Macchiavelli*, Milán, Ugo Mursia, ed., 1966.

6. Ejemplo: "Se ven ante todo la inocencia y el juicio del joven José. . . ; sus sueños misteriosos. . . ; sus hermanos celosos. . . ; la venta de ese gran hombre. . . ; la fidelidad a su amo. . . ; su castidad admirable; la persecución que ella le acarreó; su prisión y su constancia. . ." (Bossuet, *Discours sur l'histoire universelle*, en *Oeuvres*, París, Gallimard, Pléiade, 1961, p. 674).

7. L. Irigaray, "Négation et transformation négative dans le langage des schizophrènes", *Langages*, 5, marzo 1967, p. 84-98.

discurso "objetivo" (que es el caso del historiador positivista) se acerca a la situación que guarda el discurso esquizofrénico. Tanto en un caso como en el otro existe una censura radical de la enunciación (cuyo sentimiento permite sólo la transformación negativa), al igual que un retroceso masivo del discurso hacia el enunciado e incluso (en el caso de historiador) hacia el referente: nadie está presente para asumir el enunciado.

Otro aspecto esencial del enunciado histórico es el que trata de las clases de unidades de contenido y de su sucesión. Estas clases son, según lo indica un primer sondeo, las mismas que se ha creído descubrir en el relato de ficción.⁸ La primera clase cubre todos los segmentos del discurso que remiten a un significado implícito, según un proceso metafórico; así es como Michelet describe el abigarramiento de la indumentaria, la alteración de los escudos heráldicos y la mezcla de estilos arquitectónicos a principios del siglo XV como significantes de un significado único que es la división moral de la Edad Media que terminaba. Esta clase es entonces la de los índices o, para ser más precisos, la de los signos (es una clase muy abundante en la novela clásica). La segunda clase de unidades está constituida por los fragmentos del discurso de naturaleza racional, silogística, o más exactamente, entimemática, ya que se trata casi siempre de silogismos imperfectos, aproximativos.⁹ Los entimemas no son propios del discurso histórico; se les encuentra frecuentemente en la novela donde las bifurcaciones de la anécdota son en general justificadas a los ojos del lector por pseudorrazonamientos de tipo silogístico. El entimema dispone en el discurso histórico de un inteligible no simbólico y es en ello donde reside su interés. Cabe preguntarse si éste subsiste en las historias recientes, donde el discurso trata de romper con el modelo clásico, aristotélico. Finalmente, la tercera clase de unidades —y no la menos importante— corresponde a lo que se llama, según Propp, las funciones del relato o los puntos cardinales de donde la anécdota puede tomar un curso diferente. Estas funciones están agrupadas sintagmáticamente en series cerradas lógicamente saturadas, o en secuencias. Así, en Heródoto se encuentra varias veces una secuencia *Oráculo*, compuesta de tres términos, cada uno alternativo (consultar o no, responder o no, seguir o no), que pueden estar separados unos de otros por otras unidades extrañas a la secuencia. Estas unidades son o bien los términos de otra secuencia, y el esquema es entonces de imbricación, o bien de expansiones menores (informaciones, índices), y el esquema es entonces el de una catálisis que llena los intersticios de los núcleos.

8. Cfr. "Introduction à l'analyse structurale du récit", *Communications*, 8, noviembre 1966.

9. He aquí el esquema silogístico de un pasaje de Michelet (*Histoire du Moyen Age*, t. III, libro VI, cap. 1): 1) Para alejar al pueblo de la revuelta hay que ocuparlo; 2) para ello el mejor medio es el arrojarle un hombre; 3) entonces los príncipes escogieron al viejo Aubriot, etcétera.

Generalizando —puede ser que abusivamente— estos contados señalamientos sobre la estructura del enunciado, cabe sugerirse que el discurso histórico oscila entre dos polos, según la densidad respectiva de sus índices y sus funciones. Cuando en un historiador las unidades-índices predominan (remitiendo a cada instante a un significado implícito), la historia es llevada hacia una forma metafórica que la acerca al lirismo y al simbolismo. Tal es el caso, por ejemplo, de Michelet. Cuando al contrario son las unidades funcionales las que predominan, la historia toma una forma metonímica y se emparenta entonces con la epopeya. Se podría dar como ejemplo puro de esta tendencia la historia narrativa de Agustín Thierry. Existe, a decir verdad, una tercera historia, aquélla que, por la estructura del discurso, intenta reproducir la estructura de los dilemas vividos por los protagonistas del proceso relatado. En ella dominan los razonamientos; es una historia reflexiva, a la que se puede llamar también historia estratégica. Maquiavelo sería, en este caso, el mejor ejemplo.

3. La significación

Para que la historia no signifique, su discurso tendría que limitarse a una pura serie no estructurada de notaciones. Es el caso de las cronologías y de los anales (en el sentido exacto de este término). En el discurso histórico constituido (podría decirse “forrado”), los hechos relatados funcionan irremisiblemente como índices o como núcleos cuya serie misma tiene un valor de índice. Incluso si los hechos fueran presentados de manera anárquica, significarían al menos la anarquía y remitirían a una cierta idea negativa de la historia humana.

Los significados del discurso histórico pueden ocupar al menos dos niveles diferentes. En primer término existe un nivel inmanente a la materia enunciada. Este nivel retiene todos los sentidos que el historiador da voluntariamente a los hechos que relata (el abigarramiento de la vestimenta en el siglo XV, para Michelet; la importancia de ciertos conflictos, para Tucídides; etc.). En este nivel pueden encontrarse las “lecciones”, morales o políticas, que el narrador extrae de ciertos episodios (por ejemplo, Maquiavelo o Bossuet). Si la “lección” es continua se llega a un segundo nivel, el de un significado que trasciende todo el discurso histórico, transmitido por la temática del historiador, al cual tiene uno derecho de identificar con la forma del significado. Así, la imperfección misma de la estructura narrativa en el caso de Heródoto (nacida de ciertas *series* de hechos no cerradas) remite finalmente a una cierta filosofía de la historia consistente en la disposición del mundo de los hombres bajo la ley de los dioses. Del mismo modo, en Michelet, la fuerte estructuración de significados particulares, articulados en oposiciones (anti-

tesis al nivel del significante), tiene como sentido final una filosofía maniqueísta en relación con la vida y la muerte. En el discurso histórico de nuestra civilización, el proceso de significación pretende “llenar” el sentido de la historia. El historiador es aquél que reúne menos hechos que significantes y los relata, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y de llenar el vacío de la serie pura.

Como se ve, por su estructura misma y sin que haya necesidad de recurrir a la sustancia del contenido, el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica o, para ser más precisos, *imaginaria*, si es cierto que lo imaginario es el lenguaje por el cual el emisor de un discurso (entidad puramente lingüística) “llena” el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica). Se entiende entonces que la noción de “hecho” histórico haya suscitado muchas veces, aquí y allá, una cierta desconfianza. Ya Nietzsche decía: “No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho.” A partir del momento en que el lenguaje interviene (¿y cuándo no interviene?), el hecho puede ser sólo definido de una manera tautológica. Lo notado procede de lo notable, pero lo notable no es —desde Heródoto, cuando el término perdió su acepción mítica— sino aquello digno de memoria, esto es, lo que amerita ser notado. Se llega así a esa paradoja que regula toda la pertinencia del discurso histórico (en relación a otros tipos de discurso): el hecho sólo tiene una existencia lingüística (como término de un discurso) y, sin embargo, todo ocurre como si esta existencia fuera la copia pura y simple de otra existencia, situada en el campo extraestructural de lo “real”. El discurso histórico es sin duda el único en donde el referente se apunta como exterior al discurso, sin que por ello sea posible alcanzarlo fuera de ese discurso. Es necesario entonces preguntarse con más precisión cuál es el sitio de lo “real” en la estructura del discurso propio de la historia.

El discurso histórico supone, si así puede decirse, una doble operación muy retorcida. En un primer tiempo (esta descomposición es evidentemente metafórica) el referente se desliga del discurso, se convierte en algo exterior, que lo fundamenta y se supone lo regula: es el tiempo de las *res gestae*, y el discurso se da entonces simplemente como *historia rerum gestarum*. En un segundo tiempo, el significado en sí mismo es rechazado, confundido con el referente; el referente entra en relación directa con el significante, y el discurso, encargado solamente de *expresar* lo real, cree hacer la economía del término fundamental de las estructuras imaginarias que son el significado. Como todo discurso que tiene pretensiones “realistas”, el de la historia cree por ello conocer sólo un esquema semántico con dos términos, el referente y el significante; la confusión (ilusoria) del referente con el significado caracteriza, según es sabido, los discursos sui-referenciales. Tal es el caso del discurso

performativo. Se puede decir que el discurso histórico es un discurso performativo falseado en el cual el constativo (el descriptivo) aparente no es de hecho sino el significante del acto de la palabra como acto de autoridad.¹⁰

En otros términos, en la historia “objetiva”, lo “real” no es sino un significado informulado, abrigado detrás del aparente todopoderoso del referente. Esta situación define lo que podría llamarse el *efecto de lo real*. La eliminación del significado respecto del discurso “objetivo”, dejando enfrentarse aparentemente “lo real” y su expresión, no cesa de producir un nuevo sentido; tanto es verdad una vez más que en un sistema toda carencia de alguno de los elementos es en sí misma significante. Este nuevo sentido —extensivo a todo el discurso histórico del que finalmente define la pertinencia— es lo real mismo, transformado subrepticamente en significado vergonzoso. El discurso histórico no sigue lo real; sólo lo significa al no dejar de repetir *esto es lo que ocurrió*. Esta aserción no puede ser otra cosa que el significado opuesto de toda la narración histórica.

El prestigio de *esto es lo que ocurrió* tiene una importancia y una amplitud verdaderamente históricas. En toda nuestra civilización hay un gusto por el efecto de lo real que es testificado por el desarrollo de géneros específicos como la novela realista, el diario íntimo, la literatura documental, la gaceta, el museo histórico, la exposición de objetos antiguos y, sobre todo, por el desarrollo masivo de la fotografía, cuya característica pertinente (en relación con el dibujo) es precisamente significar que el suceso representado tuvo *realmente* lugar.¹¹ Secularizada, la reliquia no conserva nada de sagrado, excepto lo sagrado de que se reviste el enigma de lo que ha sido y ya no es; se da entonces a leer como signo presente de una cosa muerta. A la inversa, la profanación de reliquias es en realidad destrucción de lo real a partir de la intuición de que lo real no es sino un sentido, revocable desde el momento en que la historia le exige y demanda una verdadera subversión de los fundamentos mismos de la civilización.¹²

Al rehusarse a asumir lo real como significado (o más aún, a desligar el referente de su simple aserción), se entiende que la historia haya llegado, en el momento privilegiado en el que intentó constituirse como género, es decir,

10. Thiers expresó con mucha pureza e inocencia esta ilusión referencial, o esta confusión del referente y del significado, fijando así el ideal del historiador: “Ser simplemente verdadero, ser lo que son las cosas mismas, no ser nada más que ellas, no ser sino por ellas, como ellas, tanto como ellas.” (Citado por C. Jullian, *Historiens français du XIXe. siècle*, Paris, Hachette, [s.f.], p. LXIII).

11. Cfr. “La rhétorique de l’image”, *Communications*, 4, noviembre 1964.

12. Es el sentido que sin duda se tendrá que dar, más allá de toda subversión propiamente religiosa, a la gesta de las Guardias Rojas profanando el templo del sitio en que nació Confucio (enero de 1967); recordemos que la expresión “revolución cultural” traduce, muy mal, “destrucción de los fundamentos de la civilización”.

en el siglo XIX, a ver en la relación “pura y simple” de hechos la mejor prueba de éstos y a instituir la narración como signifiante privilegiado de lo real. Agustín Thierry se convirtió en el teórico de esta historia narrativa, que fundamenta su verdad en el cuidado mismo de su narración, en la arquitectura de sus articulaciones y en la abundancia de sus expansiones (llamadas, en este caso, “detalles concretos”).¹³ Se cierra así el círculo paradójico: la estructura narrativa, elaborada en el crisol de las ficciones (a través de los mitos y las primeras epopeyas) deviene a su vez el signo y la prueba de la realidad. También se entiende que el debilitamiento (si no la desaparición) de la narración en la ciencia histórica actual, que trata de hablar más de estructuras que de cronologías, implica mucho más que un simple cambio de escuelas. Es una verdadera transformación ideológica. La narración histórica muere porque el signo de la historia es desde ahora menos lo real que lo inteligible.

13. “Se ha dicho que el fin del historiador era relatar, no probar; yo no sé, pero estoy seguro de que en historia el mejor género de prueba, el más eficaz para golpear y convencer a todos los espíritus, aquél que permite la menor desconfianza y deja menos dudas es la narración completa. . .” (A. Thierry, *Récits des temps mérovingiens*, París, Furne, v. II, p. 227).